

## MI PRIMER RECUERDO DE UNAMUNO

Al escribir para Salamanca y su Universidad, con motivo del homenaje que se tributa a su ilustre catedrático Manuel García Blanco, me vienen a las mentes los recuerdos cada vez más vivos de mi infancia y juventud en la ciudad que me vio nacer. Y entre ellos quiero destacar ahora los que se refieren a mi primer conocimiento del hombre que dió a la ciudad y a su Universidad nuevo prestigio en el mundo: Don Miguel de Unamuno. Aunque parezcan pueriles lleven en sí, como trataré de mostrar, lo que Unamuno significó después para Salamanca, para España y para el mundo.

Conocí a Unamuno poco después de su llegada a Salamanca como Catedrático de Lengua y Literatura Griega en 1891. Tenía él entonces 27 años, y yo cinco. A esa edad, naturalmente, yo no sabía nada del griego ni de la Universidad. Conocía bien, eso sí, el edificio y las calles y plazas añejas, porque vivía en la única casa que había en la calle de San Isidro, junto a la de Libreros, y el Patio de Escuelas y la Plaza de Anaya, teatro de nuestros juegos infantiles. Pero mi padre, Don José María de Onís, era Jefe de la Biblioteca y tenía a su cargo el Archivo de la Universidad. Como hombre de letras que era, conoció enseguida al nuevo catedrático Unamuno, más joven que él, y desde su llegada tuvieron una amistad que duró toda su vida.

Mi padre fué quien llevó por primera vez a Unamuno al campo de nuestra tierra, que él sin duda deseaba ver. Poseía mi familia dehesas, una de ellas llamada La Granja, que estaba cerca del pueblo de Garcihernández, a una legua de Alba de Tormes. Se llamaba así porque había sido la granja de los Jerónimos de Alba. Todavía se podía ver que la casa del montañés, en la que nosotros teníamos los cuartos donde parábamos, fué hecha en la casa y capilla de los frailes, cuyas paredes y bóvedas de piedra se conservaban aún. Había entre los viejos tradiciones del tiempo de los frailes, que habían oído a sus padres, y la encina que daba las mejores bellotas se llamaba "la encina del Prior".

Digo todo esto para que se entienda lo que eran aquellas dehesas de Salamanca, que el vasco Unamuno iba a ver por primera vez, y donde aprendió a conocer todo aquello que él llamaba castellano y que tanto influjo iba a tener en su espíritu y en su obra. Una dehesa era un mundo tradicionalmente cerrado y completo, que conservaba el pasado en toda su pureza. Aquella dehesa llamada La Granja, a cuatro leguas de Salamanca y una de Alba, tenía 2.600 huebras, o sea 1.300 hectáreas. Eran en rigor cuatro fincas antiguas las que en ella se habían fundido, y que aun conservaban sus nombres geográficos como partes de ella: Cida, Granja, Granjilla y Duquesa. La Cida había sido un pueblo, uno de tantos como quedaron despoblados desde el siglo XVII, y todavía encontraban el arar cimientos de casas y objetos de la población desaparecida.

Un día, que recuerdo muy bien, me dijo mi padre: "Mañana vamos a La Granja con Unamuno. Era la primera vez que oía aquel nombre tan extraño para mí como para todo el mundo; pero no pregunté quién era, porque con el sentido lingüístico de los niños, que cada día aprenden sin esfuerzo palabras nuevas, pensé que aquella, precedida del artículo "un", era una palabra nueva para mí, como alumno o cosa parecida, y esperé con curiosidad al día siguiente para ver cómo eran los "anunos".

Cuando le vi llegar vi que, en efecto, era un hombre, pero distinto de los demás. Su tipo físico, gestos y maneras no eran los acostumbrados en Salamanca; su voz era más fuerte y su expresión más sencilla y más franca. Tenía entonces una barba negra y poblada, aunque recortada; la misma nariz aguileña y los mismos ojos de buho. Lo que más me chocó, como debía ocurrirle a todo el mundo, fué su indumentaria. Iba a cuerpo, cuando todo el mundo, ya en el Otoño, llevaba capa o gabán. Llevaba también zapatos, como en el verano, y no botas, y un sombrero negro, flexible, cuando todos los profesores y personas de la clase media, usaban sombreros duros, algunos sombrero de copa a diario, otros alternándolo con el sombrero de media copa con el sombrero hongo. Aquel sombrero flexible que él llevaba era redondo y de tela blanda, tanto que podía doblarlo y meterlo en el bolsillo. Otras veces lo tiraba a lo alto y lo dejaba caer en cualquier sitio. Tampoco usaba corbata, y llevaba el pecho cubierto por un chaleco cerrado hasta el cuello. Su traje era todo azul, y daba la impresión de ir limpio y bien ves-

## MI PRIMER RECUERDO DE UNAMUNO, 2)

Esta manera de vestir es la misma que usó después toda su vida, con la única diferencia de que al llegar a cierta edad añadió otra chaqueta de abrigo que se ponía encima de la del traje. Es difícil imaginar ahora la impresión de rareza que esta manera de vestir causaría en 1891, porque algunas de aquellas innovaciones individuales, como los zapatos y el sombrero flexible, se hicieron generales en todo el mundo años después, no por influencia de Unamuno, sino como tendencia característica del siglo XX contra el siglo XIX. En unas cosas resultó Unamuno precursor del siglo XX, y en otras, como la barba, que empezó a desaparecer desde fines del siglo, se mantuvo fiel al siglo XIX hasta su muerte.

Lo peculiar y extraño de su genio y figura despertó no solo mi curiosidad, sino mi admiración. Los salmantinos de entonces eran demasiado urbanos, y parecían viejos y cansados. A horas fijas iban a los casinos, cafés y tertulias, y todo su ejercicio consistía en pasear por la Plaza Mayor, y a lo más, algunos, por el paseo de la circunvalación, a veces hasta el Rollo y la Glorieta. Unamuno, en cambio, me impresionó por su agilidad y fortaleza física.

Recuerdo que salimos de la ciudad a pié en mañana fría y con sol, y caminamos, después de pasar el Puente Viejo, por la carretera de Santa Marta, hasta encontrar el carro de mulas que había enviado el rentero para llevarnos. No había entonces automóviles, y nuestros viajes frecuentes a la Granja, no teniendo coche, los hacíamos a pié o a caballo, o en uno de aquellos carros que usaban los labradores para todo. Para viajar con sus familias les ponían un toldo y una alfombra, y dentro unas sillas bajas donde se sentaban los viejos, las mujeres y los niños. Recuerdo que Unamuno se negó a sentarse en una silla dentro del carro, y que cuando los demás estábamos sentados, él saltó y se sentó en la trasera del carro con las piernas colgando. Así dejamos a Santa Marta y pasamos por Calverras y Encinas de Abajo, donde dejamos la carretera para seguir por un camino muerto hasta La Granja. Recuerdo que no sé dónde se bajó Unamuno del carro a no sé qué, y dijo que siguiéramos y él nos alcanzaría. Seguimos despacio y, en efecto, poco después él apareció corriendo a todo correr y saltó de nuevo a la trasera del carro.

Hablaba todo el tiempo, sobre todo con el mulero y con el tío Rafael, el monteraz de La Granja, que era un charro lígrimo. La llegada a La Granja se anunciaba por el monte de encinas que había que cruzar antes de llegar a las casas, que estaban abajo, a orillas del río Almar, que era un pequeño afluyente del Tormes que pasaba una legua más abajo. Al otro lado del río estaba la fresneta, una vege poblada de fresnos seculares, que terminaba un poco más abajo en la alameda, cercada por una pared de piedra, en la que había álamos blancos y álamos negros, seculares también. Las laderas que había detrás eran varias huebras de tierras sin labrar, cubiertas de tomillo, que se llamaba el Tomillar. Después, todo alrededor empezaban las tierras labrentías, las bajas que se llamaban rompíos, y las altas de los cerros con distintos nombres, entre los cuales se formaban las cuencas que llamaban begüeras.

Digo todo esto porque es lo que Unamuno veía por primera vez del campo de nuestra tierra, que cada día iba a conocer más a fondo en sus repetidas excursiones por las otras tierras charras de Ledesma y Ciudad Rodrigo, y las serranías de Béjar y de Francia. En los dos o tres días que pasamos en La Granja, me costó trabajo seguirle en sus paseos, porque quería verlo todo. También quería ver a la gente, y para eso había que sentarse a la puerta de la casa, mientras al atardecer volvían los bueyes y novillos, que esperaban a ser llamados por su nombre para entrar uno a uno en el comedero. Por el puente del río paseaban los rebaños de ovejas, mientras las bandadas de tordos se poseaban en los chopos cercanos, donde se recogían a pasar la noche. Por el aire paseaban los cicaravenes cantando sus: A dormir!, y desde los fresnos lanzaban su reullido los mochuelos. En el fondo se oía el coro interminable de las ranas y los grillos.

## MI PRIMER RECUERDO DE UNAMUNO,3)

A esa hora de la tarde los mozos salían a la puerta también, y cantaban y bailaban cherradas y fondangos. Después, en la casa del montañés o del rentero se comía religiosamente, después de la bendición, todos alrededor de la gran fuente o caldero, que era atado por todos los lados con las cucharas de madera. Después, sentados en los escafos y tajos, bajo la gran chimenea de campaña, se hablaba hasta la hora de acostarse. Entonces Unamuno era, como lo fué en todas partes, el centro de la conversación. Allí le vi, rodeado de pastores y ganeros, preguntando y escuchando, y a veces escribiendo las palabras nuevas que oía, y que más tarde usó toda la vida como una parte esencial de su estilo literario. Su actividad no cesaba. A los chicos, rapaces y zagalos nos entretenía y admiraba viéndole hacer pejaritas de papel, las mismas sobre las que luego iba a escribir su "Cocotología". Pude apreciar que con quien mejor se entendía era con un pastor viejo, el Tío Claudio, quien no sabía leer, pero que tenía una gran sabiduría y un sentido del humor que yo también admiraba.

Baste con lo dicho para ver cómo Unamuno empezó a adentrarse entonces en el paisaje, el alma y la lengua de Castilla, aquella Castilla que iba a descubrir poco después en los artículos que publicó en "La España Moderna", en 1895, y que luego formarían su libro "En torno al Casticismo" (1902). Aunque luego viajó por toda España, su concepción de Castilla se formó para siempre en su visión de Salamanca, tierra multiforme en la que se funden León y Castilla, y que por el Este se enlaza con Avila, y por el Sur con Extremadura y Andalucía. Por eso Castilla no es para él una región, sino la unidad funcional de la España eterna.

FEDERICO DE ONÍS

UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO

(Publicado en STRENAE, Estudios de Filología e Historia dedicados al Profesor Manuel García Blanco.-Salamanca, 1962.)





Una foto desconocida. Don Miguel, al empezar el siglo, y  
ante una Salamanca que contaba entonces veinticinco mil e

